

SWADESH, MAURICIO y MADALENA SANCHO. *Los mil elementos del mexicano clásico base analítica de la lengua nahua*. Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Serie de Cultura Nahuatl. México, 1966, ix + 89 pp.

Es obra de escaso volumen, pero de muy rico contenido. En pocas páginas nos ofrecen un diccionario y una gramática náhuatl, amén de artículos breves sobre la familia lingüística a la que pertenece el mexicano y sobre la castellanización de los préstamos tomados de este idioma, así como un buen método de aprendizaje y nociones de parentescos lingüísticos remotos, del sistema calendárico mexicano, etcétera.

Surge de inmediato la pregunta, ¿es posible hacer tanto en menos de 90 páginas, sin recurrir a los tipos de imprenta más pequeños? Pues sí, ha sido posible, y además el lenguaje empleado es sencillo,

desprovisto de tecnicismos y, por lo tanto, accesible al gran público. Desde luego, esto es el resultado del profundo y vasto conocimiento lingüístico de Swadesh (quien no contento con esto se asesoró de nahuatlato de bien ganado mérito, como León-Portilla y López Austin, y leyó mucho más de lo que cita o menciona) así como del trabajo arduo y tesonero que bajo su dirección hizo Madalena Sancho.

Como discípulo suyo hasta su reciente deceso pude seguir casi paso a paso el proceso que le llevó primero a idear la confección de un diccionario breve, pero completo, y luego a elaborarlo. Creo que la mejor forma de honrar su memoria es dedicar unos cuantos renglones a este tema como introducción al comentario (favorable y desfavorable) de la obra reseñada.

Es bien sabido que desde hace aproximadamente dos lustros el problema que más atraía a Swadesh, sin que por eso olvidara otros, era el método glotocronológico por él desarrollado y las posibilidades de hacer con su ayuda nuevas y más válidas clasificaciones genéticas, mismas que fue ampliando poco a poco hasta llegar a concebir la existencia de una red lingüística mundial. Pero Swadesh entendía, pese a los ataques de sus detractores, que la glotocronología tenía que ser aplicada con el máximo rigor, y prueba de ello son sus constantes revisiones, cada vez que contaba con nuevos elementos de juicio, de las clasificaciones por él mismo antes ofrecidas.

Claro está que las cien palabras de su lista diagnóstica no son un material suficiente como para hacer con rigor un estudio de la fonología y morfología de las lenguas comparadas; proporcionan, eso sí, pistas iniciales para la búsqueda en materiales amplios y permiten, también, una aplicación tentativa, pero los resultados "definitivos" (nada para Swadesh era absolutamente definitivo) esperaban la elaboración de estudios históricos que, para no quedar atenido a la labor de otros colegas, él mismo hacía. Para esto buscaba y rebuscaba en diccionarios muy completos las cognadas que el cambio semántico había escondido con frecuencia en áreas de significado aparentemente muy distintas; por lo tanto, había que pasar uno por uno los artículos del diccionario, con el riesgo de que la fatiga o las jugarretas de la memoria dejaran escapar un elemento importante. El tiempo empleado en tal tarea era demasiado largo y el producto obtenido era siempre incompleto, ¿hay pues algo de extraño en que deseara contar con un diccionario que agrupa en un solo artículo vocablos con la misma raíz pero con fonemas iniciales y significados tan distintos como *tlalli* "tierra, suelo, país" y *uehuatlalia* "dar cargo"? (véase *Los mil elementos*... p. 67).

Pero como tales diccionarios no existían, se dedicó a hacerlos. Comenzó copiando a mano, en tarjetas, los artículos de diccionarios grandes; comparándolas y eliminando las que parecían redundantes, tras consignar en una de las conservadas los datos que podían ser útiles. Pronto recurrió, como ya había hecho para otras tareas, al auxilio que pueden proporcionar las computadoras electrónicas; ¿que esto requería, para mayor efectividad, idear técnicas nuevas?, pues ¡a idearlas! Tras varios ensayos obtuvo por fin el diccionario que quería, y entretanto, inició e impulsó a otros colaboradores por el mismo camino. Así, contamos ahora con *Los elementos del mixteco antiguo*, *La dialectología tzeltal* y *el diccionario compacto* y *Diccionario analítico del mampruli*, ya impresos; y están en preparación obras semejantes del maya, del zapoteco, del español, etcétera.

En el curso del trabajo, Swadesh se dio cuenta de que las lenguas clásicas, propias de sociedades agrícolas desarrolladas antes de la expansión europea, contaban con relativamente pocos préstamos y que su vocabulario, que había ido haciéndose cada vez más extenso para llenar las necesidades de este tipo de sociedad, contaba con pocos elementos, más o menos mil, arreglados en compuestos y construcciones todavía bastante transparentes. El inventario de estos elementos sería un "diccionario compacto" cuya utilidad era evidente no sólo para el lingüista, sino también para personas de muy distinta preparación pero que tenían o querían enfrentarse con las lenguas clásicas; para que el inventario fuera verdaderamente útil había que acompañarlo de las notas gramaticales que permitieran el análisis del lenguaje en cuestión, y tales notas deberían ser expresadas en lenguaje suficientemente llano para facilitar el acceso a todo mundo. Esto es, ni más ni menos, el libro *Los mil elementos del mexicano clásico*. Veamos ahora su estructura.

Una primera parte es el "tratado breve sobre el mexicano clásico", o sea la introducción gramatical mencionada en líneas anteriores. Pero para redondear el propósito del trabajo se agregaron consejos y auxilios que permiten memorizar fácilmente los elementos del diccionario y, casi en forma de tablas, aquellos que con más frecuencia aparecen en los textos. Las porciones dedicadas a la fonología dejan bien establecido el cuadro de fonemas y los símbolos empleados por los autores, sin entrar en minucias de fonética que resultan ociosas para una lengua evolucionada y diversificada.

La gramática del nombre y el verbo, con la explicación de todos los afijos de inflexión y derivación, es muy completa y concisa; en mi concepto, faltarían algunos ejemplos que ilustraran en forma más clara los valores que, si bien están bien expresados, pueden resultar a veces un poco inasibles. Es cierto que como "un fondo léxico para el principiante" se incluyen cien raíces y sus formas

modernas, de uso bastante común actualmente, dentro de compuestos o derivados que se analizan, pero no son suficientes, sobre todo en cuanto al verbo, pues de las cien raíces apenas una decena corresponde a verbos, y de ellos menos de cinco se usan en la actualidad (y en su forma casi radical, sin inflexión).

Por otra parte, no he encontrado ni un pero a las secciones dedicadas a facilitar el mecanismo propio del aprendizaje, de entre las que hay que destacar "palabras parecidas al romance", "principios semánticos" y "el método de lecturas corridas". En la primera se da una lista de semejanzas que, se confiesa, tienen un fin meramente mnemotécnico, pero señalando la posibilidad de que entre algunos de los vocablos semejantes exista un verdadero parentesco. Los principios semánticos explican, de hecho, cómo "descomprimir" el diccionario aquí comprimido. El tercero señala un método bien experimentado por Swadesh en clases de enseñanza de lenguas; desgraciadamente no lo ilustra en la obra aquí comentada, pero para quien desee seguirlo sería muy útil ver la ilustración correspondiente en otro de sus libros más recientes: *El lenguaje y la vida humana*, (pp. 277 a 298, especialmente página 294, que contiene una ilustración de mexicano clásico).

Desafortunadamente, le falta al "tratado breve..." una explicación de las construcciones mayores que la palabra: frases, oraciones, cláusulas. Sabemos que no hay un orden absolutamente fijo, que se encuentran variaciones estilísticas, pero no hubiera sido difícil dar algunos lineamientos generales que hubieran resultado de enorme valor para los profanos.

La segunda parte comprende la "Tabla de afijos y combinaciones para el análisis de vocablos mexicanos". Puesto a criticar casi ferozmente, como ahora lo hago, yo hubiera agregado a la misma (que está en orden alfabético) otras tablas (que ya se encuentran en el cuerpo del texto anterior) arregladas por categorías inflectivas.

Habiendo explicado la génesis de la obra, creo innecesario referirme en particular a la tercera parte de la misma: "Inventario de elementos del mexicano."

El volumen termina con un vocabulario español-mexicano preparado por Juan José Rendón, en el que se hacen referencias a las palabras mexicanas contenidas en el inventario; su utilidad es evidente.

En suma, una obra a mi parecer magnífica. Tiene algunas fallas menores, pero ¿qué obra humana no las tiene? Tal vez al comenzar el principiante se sienta perdido ante la concisión, no sabiendo dónde buscar el elemento cuyo significado quiere conocer, o ante la dificultad de escoger uno de los varios o muchos significados atribuidos a cada elemento; esto no es tan grave, pues normalmente

los significados, aunque muy diversos a primera vista, tienen bastante en común, forman una constelación y basta con acostumbrarse a la forma en que estos significados se ligan. Por todo ello me atrevería a sugerir a quien desee obtener el máximo provecho de *Los mil elementos del mexicano clásico*, ya de suyo grandemente útil, completarlo con las tablas y la muestra de "lectura corrida" que a mí parecer faltan y, sobre todo, aunque parezca extraño, leerlo todo de una vez. Ya sé que no es usual leer diccionarios como si fueran novelas, pero éste es muy pequeño y puede resultar tan apasionante como una novela al familiarizarse con él, el captar (sin memorizarlo, desde luego) la manera de pensar de los antiguos mexicanos.

LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA